

# Jardín de anturios

Ana Cristina Ayala

Les diré lo que quieren saber de cómo la leche se confeccionó en un manto. Al menos les contaré mi versión de la historia. A mí la contó el anciano que apareció de entre la tierra cuando me incliné para robarme unos cuantos anturios. Los anturios, flor curiosa. Roja, grande y en forma de corazón atravesado por una espada. Estos estaban lejos, más allá de los bordes de Bogotá. Habían crecido de la manera más salvaje.

Le pregunté qué hacía ahí como muerto recién parido. Dijo que todo había empezado cuando a su nieta le llegó un golpe de campanilla a la mejilla. De ella, lo averigüé todo. Varios aseguraron haberla visto deambular por la ciudad y sufrir de un trance en las cavernas y orar sobre la tumba. Así que, aunque les narro esta historia con rasgaduras de varias voces, cualquiera podría visitar el jardín de anturios y ser testigo de lo que les cuento:

Que esa mañana, como una campanilla sonó cada filamento de luz al atravesar el vidrio. Ella estaba expectante junto a la ventana, en su casa, en un edificio. «Ti-lín» sonó un rayo de sol, el primero de ese día. A la vez que el rayo le llegaba a la mejilla, de cada pezón le brotó una gota, y sobre su camisa azul se esparcieron dos manchas blancas como nevados, aromáticas como azúcar, solemnes como cúpulas.

A pesar de lo que todos puedan creer, quien debía de beber de su leche no estaba con ella. Por eso empezó su prisa. Con los senos templados y el calor amenazando con reventárselos, atravesó la ciudad cubierta con un manto oscuro.

Veía en el cielo a ese sol ya crecido. Lo sentía por dentro. Sentía cómo quería salirse e iluminarle. Derretir el cemento y la ciudad entera. A ella, hacerla brasas bajo su manto. Lo veía atravesar cada transparencia y chocar con cada espejo de la ciudad «Tilín, tilín, tilín» para reflejar su propia imagen desnuda ¡Tan extraña! Su imagen de criatura con cintura estrecha, virginalmente estrecha, bajo dos cántaros repletos de leche hervida.

Todos, por las calles, la veían licuarse, y varios huérfanos mudos —jóvenes, ancianos y de ambos sexos— persiguieron su aroma dulce y quisieron bebérsela. Ella los habría alimentado, pero nunca escuchó su llanto. Unos con otros se iban desmembrando sin grito, urgidos por su leche y temerosos de la sed del otro.

No obstante, ella llegó a los bordes de la ciudad, lejos de los conjuntos cerrados, y se echó a andar con las cuatro patas como un puercoespín, como una musaraña, como un armadillo, como cualquier bestiecilla genérica desplazada de la ciudad a la periurbe. Como una Lupa copiosa de grasa que sacrificó a sus lobeznos para lactar, en un mundo nuevo, a todo un imperio.

A la cueva llegó antes del mediodía. Soportó el calor y la presión de su adentro. En medio de jadeos y elementales pasos, cerró con fuerza los senos y, aún así, pequeñas tormentas de leche ígnea emanaron de ella, e iluminaron las paredes de la caverna.

Había entonces una luz movediza que reveló múltiples espectros. Hombres perdidos uniendo su carne desunida, y que estaban imposibilitados de escuchar el llanto de sus madres. Todos ellos pidieron de su seno y con todos tuvo caridad. Deseó que con el alimento hallaran imagen y peso y que a ella la hicieran libre del terror de su sombra.

Quiso salir, buscar al dueño de su leche que no hallaba entre los espectros, pero tanto era el dolor del pecho que no pudo andar más, y tanto lo aguantó que agarró un trance en el que las sombras se ordenaron y formaron un ejército de cara a ella.

Temía secarse sin haber hallado a su sediento. Cayó no sin antes camuflarse. Se fundió con las paredes de la cueva como cuero repujado entre la roca. Y así, en medio del trance y desvanecida, recitó el nombre de su lactante: «Cimón, Cimón».

Y lo vio, y le dijo: «Sigue mi eco y encuéntrame tú a mí».

Y él, como un eco, respondió: «Nada puedo hacer, más que resistir, resistir.

Soy un hueso resistente, en medio de poros oscuros, oscuros.

No puedo abandonar mi único vientre, vientre,  
que es mi madre de mí fértil, fértil».

Y ella, ansiosa: «¿Dónde estás?»

Y él: «Solo puedo mover mis sombras porque mi cuerpo es prisionero,  
no mis fotos, no mi casa,  
y tú, que no eres de mi madre, sino nieta, te mueves sola, sola».

De los pezones de la criatura —dos cinceladas que herían la piedra— salió por fin la leche endurecida: un calostro que se afinaba en hebras hasta alcanzar a todas las sombras y someterlas como marionetas.

¿Cómo fue que ocurrió? Ella se preguntaba lo mismo mientras salía del sopor. Sucedió así, tal como les cuento. Fue gracias al calor y a la roca, quizás, y luego al tejido con las sombras. Lo cierto es que su leche era más bien hilos elásticos que se entrelazaban como sedas de arañas.

Y fue entonces que el tiempo se apartó de su curso natural. Fue una inversión para muchos aberrante. De esto, nadie más que ella fue testigo. El único rastro de este hecho es el eco que se extiende por todas las cavernas. Esa voz que a veces grita y a veces susurra lo siguiente:

«He parido a quien ha muerto antes que yo hubiera nacido».

Cansada, resistió la noche en la cueva. Urdió y urdió los hilos, y mientras urdía dejaba salir poco a poco el calor que le había entrado. También recitó, una y otra vez, el nombre de su muerto lactante: «Cimón, Cimón», y mientras lo recitaba urdía y urdía una manta cálida, o una red de tiempo, con sus hebras de leche.

Cuando el frío era máximo, en plena madrugada, salió por fin de su escondite y persiguió las flechas de viento que la llevaron hasta la tumba del sediento. Se arrodilló y allí oró en voz alta.

Dijo: «Tejí una red para atraparte  
como a un pez.

Para que te dobles por tu vida cuando sientas el aire en tu piel.

Para que te repliegues como una lengua húmeda  
en un beso agitado.

Para que te chupes el mundo  
y sepas de él.

Para que pronuncies y crees tus credos.

Para que el pasado sea nuevo».

Y con esa manta de leche —avivada por el fuego, endurecida por la roca, enhebrada por las sombras— la criatura cubrió la tumba del sediento.

Allí dejó la manta esa madrugada, y la otra, y la otra, hasta que todas las madrugadas se aglomeraron en una sola, en un solo hilo que conecta a todos los tiempos, y a todas las mamíferas ávidas del ágape con sus ancestros.

Afirma Cimón el de los anturios que, cuando le llegó la primera gota de leche, a su hueso se le transdujo el golpe de la campanilla. Que la tierra que lo cubría se encendió en brasas. Que las brasas se volvieron carne viva. Que después fue atrapado por una atarraya como si fuera un pescado y así pudo abrirse paso entre la vida. Y que cuando ella lo vio emanar en palpitantes flores rojas, pudo descansar y le entregó su último resto a ese tiempo que era de ambos.



Cimón y Pero

Fin.